

Rescates, réplicas y contrarréplicas

Rescatar la noche oscura

Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón

ALBALUCÍA ÁNGEL

Secretaría de Cultura y Alcaldía de Pereira, 2019, 160 pp.

LA SECRETARÍA de Cultura de Pereira hace homenaje a Albalucía Ángel reeditando su obra, injustamente ignorada. Quizá las causas de este olvido radiquen en su estilo exigente, en la crítica generalizada a la sociedad colombiana de la época y en un tiempo en el que la literatura femenina apenas si tenía presencia en el medio.

Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón, ganadora del Premio Vivencias de Cali, fue publicada por primera vez en 1975. Allí se alza la voz para recordarnos los hechos infaustos ocurridos el 9 de abril de 1948: “Cómo es que no se acuerdan, si todavía hay sangre entre los libros y en las calles. En las flores del parque de la ciudad Universitaria” (p. 155).

Narradas muchas veces, aparecen dos escenas simultáneas, a la manera de un leitmotiv: el entierro de la amiga Julieta cuando aún era niña, y el de Valeria, activista y compañera de adolescencia. Ana, la protagonista, es una joven burguesa que rememora estas dos etapas de su vida, dos pérdidas, dos tristezas repetidas, que crean la sensación de tiempo detenido, reiterado, de parálisis. Y esta sensación se acentúa, además, con los hechos narrados a lo largo de la novela, de asombrosa actualidad: la lucha incesante por salir del atolladero de la injusticia, la violencia, los abusos por parte de la autoridad, la policía, los militares y los estudiantes idealistas de los años sesenta (quienes irrumpen rabiosos con hechos violentos o sufren torturas e injusticias), amén de la referencia a los acuerdos de paz fallidos:

Siete mil hombres en tres meses depusieron odio, zanjaron cuentas con la guerra, el hambre y la justicia, y saliendo de madrigueras, cuevas y refugios dieron acto de fe: aquí tienen las armas [...] contra lo prometido del gobierno; que quién sabe por qué ordenó una masacre campesina año y medio más tarde. (p. 307)

El primer indicio sobre el contenido de este libro es un bello texto de Joaquín Estrada Monsalve, el biógrafo del expresidente Tomás Cipriano de Mosquera, en donde se dirige a los jóvenes colombianos y alude “a la noche más oscura de tu patria”, fechado el 9 de abril.

El segundo indicio es un preámbulo que subraya dos puntos fundamentales de la novela: por un lado, la transformación que ha de sufrir la protagonista, a causa de los hechos históricos y sociales que marcan su vida, y por el

otro, las torturas y los abusos cometidos por agentes del Estado. Ese preámbulo consta de dos voces: la de Ana y la de su amante, y de dos hechos: el encuentro amoroso de ambos y las torturas sufridas por él, un activista revolucionario, pues, como muchos de su generación, creyó en el cambio y pensó que irse al monte era la solución:

Ningún signo auguró que esta vez sí era el salto. El derumbe de cosas cotidianas como el ir por el pan o el caminar del brazo por el parque, y mientras que tú duermes yo identifico esta dulzura dolorosa que llegó así, de pronto, igual que las catástrofes (o los milagros, simplemente) desalojándonos del cosmos. Condenándonos. (p. 15)

Hay luego un epígrafe de Dylan Thomas que anuncia y justifica la estructura del libro: “The memories of childhood have no order, and no end”. En adelante, será la voz de Ana la que orqueste una narración dictada por el caos de los acontecimientos ocurridos a partir del 9 de abril de 1948, de la guerra civil que estos hechos ocasionaron y del panorama político y social una vez establecido el Frente Nacional, como fórmula para conjurar la violencia bipartidista.

La voz infantil del personaje central ofrece una perspectiva novedosa e imprime una fuerza inédita a la narración de los sucesos atroces, mezcla de subjetividad y capacidad crítica, y teje un contrapunto entre la inocencia y el horror:

¿Tú crees que habrá guerra?, preguntó la Pecosu muerta de miedo [...]. La prueba de que no había guerra ni pasaba nada era que ellas estaban jugando basket en el patio y que las monjas daban clase, tan tranquilas.

1:05':22" p.m. ...el líder cae sobre el pavimento, boca arriba, sangrando profusamente.

Las campanas del patio de recreo y la del patio de formar empezaron a tocar a rebato [...]. (p. 27)

Llevada por la lógica del recuerdo y con un enfoque plural se desnuda la realidad desde múltiples perspectivas, con una postura crítica que no se detiene solamente en lo político, sino que logra una radiografía social a partir de los testimonios de quienes vivieron los hechos: Ana escucha los relatos dantescos de cuanto acontece, por parte de los adultos que la rodean con sus miedos, sus filiaciones políticas y convicciones de clase; escucha también las voces de las monjas del colegio, representantes de la religión omnipresente en el ambiente provincial de la época; habla con sus compañeros de infancia, tanto del campo como de la ciudad; escucha la radio oficial y las emisoras tomadas por el pueblo, que no se apagan en su casa durante todo el infausto día y el siguiente. Y aparecen también las voces de los políticos liberales y conservadores, con sus promesas fallidas, sus abusos y justificaciones; las de los militares, la dictadura y sus falacias; y las de la policía, los campesinos, los líderes de la naciente guerrilla, los estudiantes movilizados. Una suma de testimonios para tratar de explicar lo que de suyo es absurdo.

Imposible agotar esta novela, sus matices, los temas múltiples, el contraste entre la capital y la provincia, los

sitios de la infancia, el erotismo, las violaciones, las referencias literarias y, sobre todo, el goce en el lenguaje: un regodeo con los términos coloquiales, las palabras de la niñez, las canciones, las oraciones y los juegos, los libros de texto del colegio con la historia narrada como un folletín, el lenguaje oficial, el de la radio, los nombres de los productos de la época, entre muchos otros aspectos.

Como se dijo al inicio, la estructura de la novela exige del lector la reconstrucción ordenada de los hechos que se entregan al vaivén de los recuerdos y en los cuales no siempre es fácil identificar las voces, o la simultaneidad de las acciones. Pero vale la pena el esfuerzo, porque al final el panorama se abre y permite contemplar el relato de los acontecimientos descritos con la sensación de que son mucho más veraces, más humanos, más conmovedores, porque se sienten vívidos, cercanos a la vida de Ana y de quienes compartieron su mundo. La literatura, sin duda, lleva esta ventaja sobre la historia.

Y vale la pena también porque es precisamente una mujer en la década de los setenta del siglo pasado quien rompe el silencio con una postura profundamente contestataria frente a la clase burguesa, al gobierno y sus estamentos, y de cercanía con los estudiantes, los campesinos, la guerrilla y los menos favorecidos. Seguramente a sabiendas del ostracismo que le esperaba, asume con entereza el olvido al que fue sometida su obra. Basta con leer las referencias biográficas y los estudios que al respecto se han hecho y que no tienen cabida en este corto espacio.

Emma Lucía Ardila J.